

ción otras donaciones reales para tan laudable objeto, que dejo de copiar aquí por causa de brevedad <sup>1</sup>.

Aparece, pues, muy á las claras por los inéditos documentos que se dejan copiados, que el Prudente Monarca era devotísimo y gran honrador de santos y sus reliquias. Los historiadores de aquel tiempo refieren por manera muy minuciosa el singular ejemplo de humildad y piedad cristiana que dió en Toledo al recibir en compañía del Príncipe D. Carlos y los Archiducos Rodolfo y Ernesto, sus sobrinos, el cuerpo del glorioso San Eugenio. Y añaden que no mostró menos entusiasmo de piedad y fe católica cuando tuvo lugar la canonización de San Diego de Alcalá, de S. Jacinto, de S. Luis Beltrán y S. Nicolás Factor, que él mismo procuró pidiendo á la Santa Sede con mucha instancia la gloria y el culto en los altares para tales y tan grandes siervos de Dios <sup>2</sup>. Ni se puede dudar que la tan marcada devoción de D. Felipe el Prudente para con los Santos y sus reliquias, le duró hasta el cabo de sus días. Porque en aquella última y penosísima enfermedad que le arrancó de esta vida, mandaba que cada día le pusiesen delante algunas santas reliquias que besaba con mucha ternura y devoción. Lo cual obligó á decir al Dr. Juan Gómez, médico de su real cámara, que el agosto paciente se despedía de los cuerpos ó reliquias de los santos sus amigos, para gozarse presto con sus almas en la eterna bienaventuranza <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Véase este curioso documento en el libro de *Actas capitulares*, correspondiente al año 1565, donde además se pueden leer las oraciones comunes del misal que se recitan en la Misa mayor de aquel solemne acto en que se recuerda la maravillosa piedad y fe católica del Prudente Monarca.

<sup>2</sup> «Con singular humildad y devoción, recibió en la ciudad de Toledo el cuerpo de S. Eugenio cuya entrada en Toledo fué á 18 de Noviembre del año de 1565, hallándose presente el Príncipe D. Carlos, su hijo, y los Archiducos Rodolfo y Ernesto sus sobrinos, hijos del Emperador Maximiliano... Así mismo hizo grandes demostraciones de piedad, liberalidad y devoción en la canonización de S. Diego y recibió con grande amor y ternura la de S. Jacinto, y procuró á la de S. Luis Beltrán y S. Nicolás Factor.» Porreño: *Dichos y Hechos* cap. V pág. 52.

<sup>3</sup> «En la enfermedad tan prolija que padeció ántes de morir, con intensísimos y apretados dolores, siempre estuvo con gran compostura y



### CAPÍTULO III.

#### I.

#### RELIGIOSIDAD DEL MONARCA PRUDENTE.

**D**E muchas maneras, como se ha visto y se irá viendo, mostró D. Felipe II su piedad verdaderamente extraordinaria, y no en grado inferior á la que poseyeron los reyes más devotos y católicos que le precedieron en el trono de España. Los testigos juramentados en aquella citada información de Cervera de la Torre declararon sobre este particular cosas dignas de los santos que veneramos en los altares. Refieren allí médicos y grandes señores de la Real Cámara, que el Rey Prudente se entregó toda su vida, sin exceptuar el tiempo de su postrera enfermedad, al ejercicio de la oración y meditación. Para lo cual solía quedarse muy á solas con Dios, encerrándose en aposento ú oratorio deputado al efecto. Y allí,

sosegado de ánimo; y todas sus quejas y lamentaciones eran decir: sea en remisión de mis pecados... Desde el oncenno día de su última enfermedad mandó que cada día le tragesen algunas reliquias especialmente las de los Santos con quien tenía más devoción, las cuales besaba y adoraba con tanta ternura, que considerando esto el Dr. Juan Gomez médico suyo, saliendo del aposento real, dijo: parece que Su Majestad se despide de los muchos santos sus amigos, que aquí tiene, despidiéndose de sus cuerpos, para verse con sus almas en la gloria eterna.» Porreño: *Dichos y Hechos*, cap. V, pág. 53 y 54.

hincadas en tierra las rodillas ante la imagen de Cristo Crucificado, de la Virgen Inmaculada, Madre de Dios, y de los Santos de su devoción, pedía con humildad al Dador de todo bien luz y acierto para vencerse y gobernarse á sí mismo y dirigir á los demás conforme á razón y preceptos divinos <sup>1</sup>.

Tampoco cabe dudar aquí, según los testigos, que tal práctica de oración mental y vocal fué ejercicio del gran Monarca no originado por la enfermedad, ó viéndose ya muy á las puertas de la muerte. Porque es notorio, según lo dicho, que Felipe II en medio de los gravísimos negocios que le traía el gobierno de la mitad del orbe, se consagraba al ejercicio santo de la oración: y acaecía ésto diariamente antes que cayese enfermo; en tal manera, que ni andaba caminos de negligencia para negocios del gobierno, ni mucho menos buscando á Dios y la salvación de su alma <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Otro ejercicio especial tuvo Su Majestad en esta ocasion que fué, segun han declarado los testigos de esta relacion, de la oracion y meditacion; para lo qual tuvo siempre delante de su persona crucifijos, y imágenes de nuestra Señora y otros santos á todos lados de su aposento, en los quales rezava y se encomendava á Dios continuando el mesmo ejercicio de la oracion que en salud solía hazer, y particularmente despues de comer, quedándose á solas con Juan Ruyz de Velasco (como él lo declara) á puerta cerrada, y estando á solas le ponía el dicho Juan Ruyz de Velasco delante un oratorio portatil en el qual abierto se veia un crucifijo y otras imágenes en las quales rezava con gran devocion y aun algunas veces con lágrimas.» *Testimonio Auténtico*, por Cervera de la Torre, pág. 86.

<sup>2</sup> «Notósele curiosamente que, aunque tuvo muchos ejercicios espirituales y devotos á que acudía jamás hizo falta al gobierno, ni menos por el gobierno dejó de acudir al oratorio; y así le podemos aplicar aquel mote: ad utrumque paratus.» Porreño, *Dichos y Hechos*: capítulo V, pág. 53.

Hé aquí lo que el rey católico escribía desde Almada á las infantas sus hijas, en 26 días de Junio de 1581: «No pude escriviros el Lunes pasado. Y porque no sea oy lo mismo, lo comienzo antes que las otras cosas, que quizá me costará acabarlas muy tarde. Y deseava escribiros el lunes pasado por deciros lo que avia pasado desde el otro que os escrivi en Villafranca... Otras cosas habria que decir destos días, más no ay tiempo para ello y Magdalena y otros las deven describir...» Gachard: *Lettres*; pág. 92 y 95.

Demás de la oración mental en que tan práctico se ofrece D. Felipe, tenía tiempo deputado para lecturas espirituales y letanías que cada día devotísimamente rezaba. Y esto mismo continuó ejercitando durante su enfermedad mortal, aunque por causa de mucha flaqueza corporal dejaba de leer; pero entonces daba más tiempo á la oración y meditación. Muchos años atrás de su postrera enfermedad, gastaba el Rey Prudente cuatro y aun cinco horas diarias en oración, platicando mental y amorosamente con Dios y suplicando al Cielo la ciencia envidiable de los santos, que sin duda poseyó en grado muy alto. Y se ha de notar aún, que en los días festivos y solemnes asistía por modo ejemplar á los divinos oficios oyendo los sermones con mucha atención y devoción <sup>1</sup>. Otro testigo añade más, conviene á saber: que todas las veces, y en general, cuando entraba en la morada del Rey Católico, le sorprendía siempre con los ojos fijos en la imagen de Jesucristo; y muchas horas antes de morir besaba tiernamente los piés de la sagrada imagen, y con frecuencia la colocaba sobre el rostro, manifestando grandísimo amor divino y dolor de sus pecados <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Y le pedia libros (á Juan Ruyz de Velasco) para oraciones y letanías particulares que tenía, las quales rezava cada día: y lo mismo dize que *fué continuando* en esta última enfermedad, salvo que no pedía los dichos libros y que la oracion por su flaqueza era mental, segun se echava de ver. Y declara más el dicho Juan Ruyz, que de muchos años atrás tenía notado que en día y noche *estaba Su Mag. en oración cuatro horas y media, y algunos cinco*, demas de que en los días de fiesta solemnes y semanas santas oya los divinos oficios y sermones con gran atencion y devocion.» *Testim. Autent.* de Cervera de la Torre: pág. 86. ¡Y que todavía Monarca tal sea llamado hoy mismo hipócrita, tirano y amigo de sensualidad y vicios!

<sup>2</sup> «Y el Dr. Andrés Camudio de Alfaro dize, que todas las veces, que entrava en el aposento de Su Magestad, si estava solo, le hallava los ojos puestos en un Crucifijo, con el qual estuvo abrazado muchas horas antes que muriese, besándole los piés, y poniéndole sobre su rostro y ojos con grandes demostraciones de contricion y amor de Dios.» *Testim. Autent.* pág. 86. A ejemplo del piadoso Rey debieron de andar la Reina y Príncipes que le sucedieron; por que de Doña Margarita refiere la *Crónica de Santo Domingo*, p. 4.<sup>a</sup>, pág. 875, que hablando con ella en Valladolid el siervo de Dios Fr. Melchor Cano sobrino del famoso Teólogo oyó de sus labios las humildes frases que siguen: «No me

Y á la manera que el católico Monarca manifestó al mundo alma y corazón llenos de rara piedad cual se va probando, gustaba igualmente de predicar con el ejemplo agradecimiento constante á los beneficios y sucesos prósperos que le dispensaba el Cielo. Porque al tener noticias satisfactorias por causa de ventajas y victorias que sus ejércitos iban alcanzando sobre los enemigos de España y del nombre cristiano, tornaba los ojos á los monasterios ó cabildos de sus reinos, suplicándoles preces y acción de gracias al Todopoderoso. Así acaeció, una vez más entre mil, corriendo el año 1596, cuando al recibir aviso del buen camino que llevaban los acontecimientos de la guerra contra la gentilidad y pravedad herética, enemigos ambos de la civilización cristiana é independencia de la patria, se dirigió al Cabildo primado en la forma siguiente: «El Rey. Venerables Dean y Cabildo de la Sancta Iglesia de Toledo, los dias passados os scrivi me ayudasedes en essa sancta iglesia á invocar la misericordia divina en favor de su causa contra los infieles y ereges enemigos de su sancto nombre, y agora que parece que en algunos buenos sucesos que en diversas partes se han tenido estos dias passados se echa de ver la piedad y el fruto de vuestras oraciones,<sup>1</sup> e querido que lo sepays para que pues no hay menos obligación de dar gracias á Dios por los beneficios recibidos que de acudir á su amparo en nuestras necesidades, me ayudeys tambien á reconocerlo todo de su poderosa mano como yo lo hago y que á bueltas de las gracias devidas por estas mercedes que sin méritos nuestros nos hace,

llameis Magestad Excelencia, ni Señoría, sino llamadme hermana ó como quisiéredes.» Y al agosto esposo de esta Señora hijo del Prudente Monarca intituló la *historia D. Felipe el Piadoso*.

<sup>1</sup> El Monarca Prudente, en esta su carta, parece referirse á lo que en el mismo año 1596 declara Mariana en el *Sumario* de su *Historia de España*, volumen 2.º, pág. 704, edición valenciana de 1794, donde se expresa así: «Francisco Draques, corsario inglés, echó gente en tierra en nombre de Dios con intención, pasado el estrecho, de saquear á Panamá: apellidáronse los españoles, cargaron sobre él y le forzaron á volver á sus naves al principio de Enero: otras veces dió pesadumbre por aquellas partes, y al cabo murió en Portovelo, y su armada se retiró destrozada forzándola á dexar las Indias D. Bernardino de Avellaneda.»

pydays y supliqueys á nuestro Señor instantemente, como yo lo confio de vosotros, se sirva continuarlos y favorecer mis intentos, que como él sabe son dedicados á su sancto servicio y enderezados al bien comun de la christiandad, que en ello me servyreis, y en que me avyseis de lo que hiciéredes, de Toledo á 25 de Mayo 1596.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro Señor.—Francisco Gonzalez Eredia<sup>1</sup>.

Ciego será en verdad ó por demás parcial y apasionado quien no vea en estos inéditos documentos que aquí se van presentando, el espíritu profundamente piadoso del Rey D. Felipe, á quien herejes y gente perdida han seguido hasta hoy pintando como hombre desprovisto de sentimientos nobles y cristianos, de corazón mal nacido y verdadero déspota de su siglo. No hay tal. El Rey Prudente guardaba con suma puntualidad derechos y respeto á Dios y al prójimo. Y es más; muchas veces cedía el primer puesto para que lo gozaran hasta los más pequeñuelos. Lo cual observaba singularmente en las ceremonias santas y solemnidades eclesiásticas, donde jamás se acercaba á recibir ramos, ceniza, candelas, ni pretendía adorar la cruz, sino cuando lo habían verificado todos, hasta el último de los monaguillos; y en hallándose por buena ventura presente á la celebración de alguna misa nueva, corría entre el

<sup>1</sup> Archivo particular del Cabildo de Toledo.—Libro de actas capitulares del año de la fecha. Hablando Cabrera de los flamencos é ingleses que perseguidos por la fe católica huían del furor y la intolerancia de los herejes proclamadores de falsa tolerancia y libertad, dice: «No conocian príncipe en la iglesia á quien acudir, sino al Rey D. Felipe padre de la misericordia, que con amor se ocupaba en recoger y consolar las ovejas del rebaño de Cristo que venían desconsoladas arrojadas de la mayor parte del Setentrion.... Al amparo de su fe y caridad venían los Obispos de Armenia, Irlanda, Inglaterra, Grecia, y de todo el mundo. El los recogía, acariciaba, remediaba sus necesidades, onraba sus personas...» con otras mil buenas y santas obras nacidas de su piedad. Véase Cabrera: lib. XI, cap. XVII.

Asimismo, á los 17 de Abril de aquel propio año, el Archiduque Alberto se apoderó de Calés, quitándosela en justa guerra á los franceses; pero, como apunta Mariana, poco después, por concierto, se restituyó. Hallábase entonces D. Felipe en Aceca, muy próximo á Toledo, y apretado de sus padecimientos y dolencias, trasladóse á la imperial ciudad, donde firmó ésta su carta.

común de los fieles á besar humildemente la mano del joven levita, como arriba nos dijo Fr. Juan de San Jerónimo <sup>1</sup>. Todos estos ejemplos de humildad y religión con que el Rey Prudente edificaba á los pueblos, eran efecto de la piedad solidísima que gobernó su corazón en todas las épocas de la vida. Y aún allá por los años de 1563, fecha en que los enemigos llamados mansos, según atrás queda indicado, nos le pintan dando escándalos y lugar á anécdotas en la corte, vivía muy lejos de tal. Porque teniendo noticia el celoso Príncipe de que los Padres Predicadores de Santo Domingo celebraban capítulo en Madrid para tratar de cosas pertenecientes á su Orden y al bien de la Iglesia, escribió al P. Provincial de Castilla en términos verdaderamente dignos del superior más austero y fervoroso de aquel santo instituto.

De esta carta real da noticias el cronista de los ilustres hijos de Santo Domingo D. Fr. Juan López, Obispo de Monopoli, de la misma Orden, diciendo así: «Y porque á propósito el Rey Felipe II de buena memoria escribió una carta al Capítulo, que la provincia de España celebró en Madrid año 1563, digna de su zelo, me ha parecido ponerla aquí.» Y por cuanto, aunque ya impresa, agrada al lector tenerla presente, quede siquiera copiada en nota de este libro <sup>2</sup>. Tampoco los venera-

<sup>1</sup> «Estando en S. Lorezo el Real, en todos los actos públicos que se hacían en la Iglesia mostraba tanto respeto y guardaba tan puntualmente el derecho que se daba á las cosas eclesiásticas, y á las personas de ella, que siempre se ponía el postrero donde quiera que concurrían; y porque los niños del seminario tienen sobrepellices en tanto que asisten al oficio divino, en los actos eclesiásticos iban delante, y los antepónía al tomar la ceniza, los ramos, las candelas, la adoracion de la cruz y otros oficios semejantes; y cuando había misas nuevas iba con mucha humildad á besar la mano al misa-cantano, como se ha dicho; de la manera que si fuera otro hombre particular; tanta fué su religion, y afición á las cosas sagradas.» Porreño, *Dichos y Hechos*: cap. VI: pág. 76.

<sup>2</sup> «Al Venerable y devoto P. Provincial de la Orden de Santo Domingo en la provincia de Castilla. El Rey. Venerable y devoto P. Provincial... Bien sabeys el estado en que se hallan las cosas de nuestra Religión Christiana, y lo que se han desviado della en tantas provincias, y lo que por nuestra parte se ha hecho, procurando por todas las vías que ha sido posible el remedio, y especialmente en Francia, por ser tan

bles Padres Predicadores, frayles de Santo Domingo temieron entónces al pretendido regalismo de D. Felipe, sino que obedecieron alegremente las insinuaciones del piadoso Monarca y acataron cuanto les suplicaba. Así lo asegura el citado cronista de esta manera: «En cumplimiento de lo qual se mandó que en todos los conuentos de la provincia se hiziesse *con mucha puntualidad lo que Su Magestad por su carta ordenaba*: y no solamente se hizo esso, sino que se enbiaron á los puertos donde se entendiesse pudiesen llegar baxeles de herejes, religiosos que fuesen á propósito de impedir qualquiera mala doctrina que se quisiese enseñar á los católicos destos reinos.» De forma que andaban en admirable armonía la piedad y el celo del Prudente Monarca con el espíritu de las Ordenes religiosas más diligentes en la defensa de sus propios derechos y de la Iglesia de Dios <sup>1</sup>.

vezina á estos Reynos, y como quiera que esperamos en N. Señor, que por medio del santo concilio que está congregado en Trento, ternan las cossas buen successo, porque principalmente ha de venir de Dios nuestro Señor, cuya es la causa, os encargamos mucho proveays que en todos los monasterios de religiosos y religiosas de vuestra Orden se tenga especial cuidado de hacer oraciones y plegarias, pidiendo á nuestro Señor con toda eficacia por la unión de la religión, en obediencia de la Sede Apostólica y la Iglesia Romana, y que á los buenos católicos conserve, á los flacos esfuerce, y á los que se hubieren desviado della en qualquiera manera los restituya al verdadero conocimiento, y que el dicho concilio se prosiga y acabe, y se provea en él lo que convinere al bien universal de la christiandad, y que esto se haga con la mayor continuación, frecuencia y devoción que fuere possible, y que en los dichos monasterios, como mejor os pareciere, se hagan processiones. Que en ello demás de hacerlo que soys obligado, á mí me hareys plazer y servicio. De Madrid, á 2 dias del mes de Mayo de 1563 años.» *Cuarta parte de la Historia General de Santo Domingo y de su Orden de Predicadores*, por D. Fr. Juan Lopez, obispo de Monópoli de la dicha orden: Lib. II: cap. 13, pag. 370. Valladolid: 1615.

<sup>1</sup> *Crónica de la Orden*: parte, libro, capítulo y página arriba citados.